

GLESENER, Thomas (2023). *El imperio de los exiliados. Los flamencos y la militarización del gobierno de España en el siglo XVIII*. Granada: Universidad de Granada, 584 pp. ISBN: 978-84-338-7264-7.

Durante los últimos años hemos asistido a una profunda renovación de la Historia Militar española. Alejada ya de las superfluas narrativas que se centraban en batallas y episodios bélicos, podemos decir que hoy se impone una historia política, social, económica y cultural de la guerra que nos ayuda a comprender la complejidad y las interrelaciones que se dieron en torno a los conflictos de la época moderna. Entre los artífices de esta transformación historiográfica, no cabe duda de que Thomas Glesener ha conseguido un destacado y merecido protagonismo por sus trabajos y, sobre todo, por el enfoque que aporta en cada una de sus publicaciones. Como punto culminante de este hecho se puede citar la obra que aquí reseñamos, *El imperio de los exiliados. Los flamencos y la militarización del gobierno de España en el siglo XVIII*, traducción de la edición hecha por la Casa de Velázquez en 2017 y fruto de su tesis doctoral defendida en 2007.

El objeto de estudio que nos ofrece el autor es meridianamente claro: el análisis de los exiliados flamencos tras la Guerra de Sucesión española y su inserción en el entramado de las élites políticas de la nueva monarquía borbónica a lo largo de la centuria dieciochesca. No obstante, el interés de la obra radica en el cómo, en la forma en que Glesener dibuja una problemática histórica que engarza con

varios debates de suma importancia. Por esta razón, *El imperio de los exiliados* debe entenderse como un trabajo de historia militar, de historia social del poder, de historia de las culturas políticas y de historia de los mecanismos de negociación y representación social; aunque todo ello a través de un excelente ejercicio de microhistoria que consigue unir verdaderamente los estudios de caso abordados con un contexto amplio en el que se observa el proceso de asentamiento de los Borbones en España.

La introducción del libro merece un comentario detallado, pues en ella se elabora sugerentemente la riqueza del problema y se dibujan las posibilidades que tiene el objeto de estudio. El exilio de más de 10 000 flamencos a la península ibérica tras el conflicto sucesorio estuvo lejos de ser un episodio baladí. Glesener hace un recorrido crítico por algunos de los autores que han planteado previamente los conceptos de «extranjeros», «naciones» y «comunidades» del periodo moderno. Cada uno de estos términos alberga una polisemia difícil de descifrar, y por ello es necesario construir un andamiaje teórico que nos permita aprehenderlos y estudiarlos historiográficamente. En este sentido, Glesener aboga decididamente por entender las «naciones» como instituciones, y no como meros grupos preexistentes definidos por el origen geográfico. Esta apuesta, por tanto, implica analizar las «naciones» dentro del complejo sistema de representaciones que funcionó en la monarquía, pero entendiendo además que éste fue cambiando y adaptándose a los volubles contornos del Estado Real borbónico.

Como el propio autor explica, se trata de «dilucidar las condiciones políticas que permitieron a exiliados de Flandes fundirse en la alta élite militar española, sin dejar por ello de reivindicar (...) su pertenencia a la nación flamenca» (p. 37).

Compuesto de siete capítulos, el libro aborda cronológicamente este fenómeno desde finales del siglo XVII hasta comienzos del XIX. El primero de ellos, titulado «En los orígenes del borbonismo flamenco», arroja luz sobre cómo y por qué las élites de los Países Bajos se habían posicionado en favor del bando borbónico durante el conflicto sucesorio. Para ello, Glesener se retrotrae hasta mediados del siglo XVII y analiza la influencia ejercida por Luis XIV sobre este territorio, la cual acabó generando una abigarrada red de intereses, favores y fidelidades que se proyectó tanto en París como en Madrid. De este modo, al comenzar la guerra, el proyecto de gobernación de los Borbones se basaba en una alianza renovada con las élites flamencas, especialmente por varios episodios de venalidad militar, clientelismo político y la creación de la Guardia Real. De forma complementaria, el capítulo segundo —«Los felipistas. El clientelismo real en tiempos de guerra civil»— nos lleva a la península durante el conflicto y nos ayuda a contextualizar la fidelidad flamenca dentro de un proceso de reordenación de las élites españolas. Felipe V tuvo como reto urgente la incorporación de las altas esferas españolas a su causa, pero el proceso no fue fácil y sencillo, ya que fue necesario articular un frágil

equilibrio de poderes e influencias entre las diferentes facciones.

El capítulo tercero —«Sobrevivir al desmembramiento. La estructuración política del exilio flamenco»— nos permite adentrarnos en el ambiente postbélico de la década que transcurre entre 1715 y 1725. Se trata de un periodo complejo, tratado con excesivo simplismo por la historiografía tradicional, tal y como subraya Glesener, y en el que se debió emprender una reestructuración política interna al tiempo que se implementó una arriesgada política exterior por los territorios italianos. La sugerente hipótesis del autor en este capítulo radica en que la errática proyección internacional de la monarquía hispánica en estos años fue producto de la lucha entre los diferentes grupos de poder que habían cristalizado tras la Guerra de Sucesión. En este adverso entramado, los exiliados flamencos jugaron un papel clave.


El ritmo cronológico de la obra queda pausado en el capítulo cuarto, donde se ofrece una radiografía sociológica de los oficiales flamencos —«Entre movilidad y arraigo. Las inscripciones sociales de una élite militar»—. Este análisis no resulta secundario porque nos hace comprender las redes de solidaridad, protección y reciprocidades familiares que crearon estos individuos en la monarquía de Felipe V. Como apunta el autor, los oficiales flamencos contaron con el apoyo económico y el capital social de sus casas. En este capítulo también se muestran las redes de sociabilidad que crearon en ciudades

como Madrid o Barcelona, así como su proceso de integración entre las élites locales y económicas. Por último, se dedica un apartado específico a estudiar la forma en que estos actores siguieron sendas estrategias de consolidación en la cúspide de la jerarquía social, obteniendo cartas de naturalización o privilegios de hidalguía.

En el capítulo quinto —«El legado felipista o el conflicto de las memorias»— se produce un salto cronológico y nos acerca de la segunda generación de esta élite, ya plenamente asentada en la monarquía. No obstante, el reinado de Fernando VI tuvo elementos de ruptura al fomentar una aparente política de reconciliación para olvidar la guerra. En este contexto, la reforma promovida por el marqués de la Ensenada transformó y amenazó el estatus adquirido por los flamencos, lo cual provocó una abrupta reacción. El capítulo sexto —«La aristocratización militar. De la conciliación a la revuelta»— nos traslada a la segunda mitad de la centuria y al reto de adaptación de la élite flamenca al nuevo marco político y social que se desarrolla en los reinados de Carlos III y Carlos IV. La pérdida de protagonismo fue pareja a una actividad más conservadora con el propósito de mantener los privilegios adquiridos. El epílogo de todo ello lo encontramos en el capítulo séptimo —«El fin de un mundo»—, donde Glesener reflexiona sobre los profundos cambios que se sucedieron a partir

de 1780, cuando «los últimos jefes de la nación desaparecieron, las solidaridades corporativas se desintegraron y las redes transnacionales se dislocaron» (p. 387). Pero esto no fue consecuencia únicamente de las reformas políticas dictadas desde la Corte, sino también un efecto de la transformación interna del grupo.

En conclusión, el trabajo de Thomas Glesener constituye un ejercicio de metodología impecable ante una problemática historiográfica que había estado dominada por clichés y estereotipos. La inmensa cantidad y variedad de fuentes analizadas —procedentes de más de veintisiete archivos españoles, franceses y belgas— permiten hacer la reconstrucción de un grupo que no siempre tuvo una delimitación clara, pero que actuó en conjunto para conseguir y mantener sus privilegios políticos y sociales. Lo más interesante es que en el libro se puede observar la cristalización de una élite militar que conjugó una doble estrategia: la memoria del servicio prestado durante el conflicto sucesorio y un proyecto político propio. Por todo ello, la obra de Glesener es de gran valor para todos aquellos que trabajamos la historia de las élites de poder en el siglo XVIII, la historia del reformismo militar y la historia del proceso de construcción de la monarquía borbónica en España.

Pablo ORTEGA-DEL-CERRO 
Universidad de Cádiz